

DONDE HABITA DIOS

ENRIQUE de MAGALLANES



Capítulo 1

DONDE HABITA DIOS

En la oscura ciudad de Aifan, al Este del Aral, consideraban sus gentes, como acto de infinita piedad, el no controvertir aquella ingeniosa creencia según la cual Dios se hallaba en el puño de la estatua dedicada al no menos oscuro príncipe Mélec. Aquel odioso tirano que, conforme al relato del poeta Teralorus de Pantibiblon, tomó del ara principal su puñal (una atroz suerte de hoja triangular forjada en hierro) que hincó ferozmente en el flácido cuello de su madre, sólo porque ésta no se apresuraba a llenar su copa.

La ciudad entera, con visible aflicción, lloró a su reina por espacio de nueve lunas y otras tantas jornadas. Hubo entre sus moradores algunos, y la desenfadada alusión resulta algo sospechosa entre exégetas, que en señal de irrefutable duelo cortaron sus cabellos y con éstos atizaron la lumbre del templo durante extensas noches de guardia. Otros más, arrebatados por el paroxismo de la tragedia, se arrojaron al áspero vacío desde lo alto de un admirable minarete o de una rústica almena.

Arrepentido, además de increpado por los sumos sacerdotes del culto al *Planeta del Cruce*, Mélec enloqueció de dolor y escapó a los campos donde, desnudo e iracundo, profanó los días como una bestia devorando setas y bayas silvestres. Evitó la mirada de los hombres y aun más el pavoroso rumor de sus lenguas. Desgarró el alba con sus fauces de fiera herida. En un generoso arroyo saboreó el canto de las aves y en la corteza desgajada de un árbol probó el néctar de la vida agreste, indomable... Un día, luego de siete años de vida errabunda, conquistó una verde colina domeñada por el furor y la angustia: entonces ladró a la luna de los altos cedros (porque ya había olvidado los avatares del signo lingüístico) hasta agotar todo su lamento y todo su dolor con las primeras sombras del ocaso. El viento del sur veló sus sueños y el dios Aruk, que todo lo ve y todo lo sabe, le cubrió con un infinito manto de estrellas, acariciando su mejilla con la hoja de un cedro vecino.

Aquella noche, multiplicada por mil a través de los tiempos, reveló su destino devolviéndole a la vida palaciega y a los campos de batalla... La expiación de su crimen, a los ojos de la divinidad, le puso de nuevo al frente de un aterrador ejército que tomó la ciudad opositora de Asterán desvencijando sus preciosas puertas y perdonando la vida a los sacerdotes del inverosímil culto al *Unicornio Dorado*. Mélec, que ahora combatía con una sola mano, pretendió haber escuchado aquella noche sobre la extraña

colina la voz del dios Aruk (una suerte de escarabajo de ojos humanos) que le susurró al oído ciertas palabras que sus biógrafos no acaban de conciliar su real significado:

"Soy perdón y misericordia. Soy azote y desolación. Mi carro se mueve entre las estrellas remontando los días y los pensamientos... Desde hoy moraré en la penitencia de tu mano culposa y sólo retornaré a la tierra y a sus caminos cuando los santos custodios del Tercer Cielo arrojen la gran montaña de fuego y azufre sobre la cuarta parte de los hombres y de los mares. Entonces, presas del horror, sabrán que he regresado para separar al justo del injusto, y al piadoso del impío".

Hoy, algunos aseguran que Aifan es tan solo una metáfora de riguroso acto de fe y que, por lo tanto, ni Mélec ni su dios Aruk pudieron ser. No obstante, una austera parcela de arqueólogos horbigierianos insisten en buscarla en las improbables riberas del mar de Aral, sin éxito alguno. Por lo demás, la ciudad de Asterán corre casi igual suerte que la improbable Aifan, y digo "casi" si no es porque a comienzos del siglo XX un explorador alemán halló bajo el cieno del Aral, costeano sus penosas riberas del Septentrión, un ánfora que contiene grabados la imagen de un unicornio cuyo excremento es devorado por un enorme escarabajo. Con el tedioso pasar de los días solo puedo pensar en que Aifan fue construida a imagen y semejanza de su rival Asterán, y que sus dioses guardaban una celosa coherencia de sentido y de propósito más allá del rumor de las inútiles controversias teológicas como políticas.

No me escandaliza la imagen del escarabajo tragando materia fecal de origen divino. Me seduce lo que pueda heredar a nuestra enfebrecida imaginación. Empero, intento apartar de mi mente la intolerable figura carnicera de Mélec. Su recuerdo me perturba, su penitencia se me antoja un exceso de estupidez, de fanatismo adornado con la verborrea de un supuesto profeta de la locura o del comercio.

Quiero pensar, o creer, que Dios reside en la pata de un conejo o en las entrañas de un muro de mampostería, que no en el puño de un vulgar asesino. Al respecto, corre una creencia popular según la cual Dios se halla en los sitios más improbables y a la vez comunes, tanto más si los hombres persisten, con enfebrecida contumacia, en proseguir buscándole en lugares espléndidos y especiales.